

DISCURSO EN LAS BODAS DE ORO DE AIMCRA

Nada más gratificante para mí que recordar en sus cincuenta años de historia la meritoria labor realizada por esta institución en el ámbito de su especialidad, con una repercusión general muy favorable para todo el campo español. No pretendo enumerar con detalle todos sus trabajos y sus logros, pues correría el riesgo imperdonable de olvidarme de algo fundamental y, lo que sería peor, olvidarme de algunas de las personas que lo han hecho posible, eso consta en sus archivos. A todos mi agradecimiento por conseguir llevar a tan buen fin la idea creada hace medio siglo, con el entusiasmo y profesionalidad que deseaban sus fundadores, acto fundacional en el que fui testigo presencial desde el primer momento y en primera fila y al que me dediqué desde el principio y durante toda mi vida profesional azucarera.

La industria azucarera, en sus casi siete décadas de vida previas a la constitución de AIMCRA, había conseguido modernizarse ante la expectativa halagüeña de una clara posibilidad de expansión. Las fábricas se iban mejorando, tenían balances energéticos prometedores, en general eran operativas y su azúcar de tanta calidad como el europeo. Crecía el consumo de azúcar por habitante. Se reorganizaba, seguía un camino bien definido y adecuado para un buen desarrollo competitivo.

Pero el cultivo de remolacha tenía que mejorar en muchos aspectos y lo antes posible. Se veía con envidia expectante el empleo en el exterior de semilla monogermen con cien mil y poco más gérmenes por hectárea, que pesaban poco más de un kg cuando aquí se empleaban veinticinco kilos de semilla multigermen, que había que entresacar a mano; teníamos que recurrir al riego mediterráneo en algunos casos con más de 10.000 m³, agua a veces procedente de pozos cuyo bombeo no era barato; lo mismo se acusaba en siembras de precisión, laboreo, tratamientos y recolección. Qué decir de las variedades, del pago por riqueza individualizado, de la calidad industrial de la remolacha y de todo un conjunto de expectativas culturales que había que saber aplicar adaptándolas a nuestras peculiaridades, como único camino para salir de aquellos 3 o 4.000 kg de azúcar blanco por hectárea, tan lejos de los 12.000 y más actuales, y todo ello con precios que tenían que hacer un gran esfuerzo para adecuarse a los exteriores en un mundo cada vez más globalizado. La industria era consciente

de que tenía encarrilado su desarrollo industrial y comercial, pero que debía preocuparse rápidamente de un desarrollo similar en el campo si quería garantizarse el suministro de la materia prima, y que todo esto sería mejor hacerlo conjuntamente con los agricultores.

Cómo era el sector azucarero en aquel momento

Paradójicamente, la industria azucarera, como tal, dependía del Ministerio de Industria, mientras que la producción remolachera dependía del Ministerio de Agricultura. Este fijaba los precios de remolacha y del producto final. La industria lo contrataba con los agricultores en acuerdos territoriales obtenidos en las mesas de cada región dirigida por un ingeniero agrónomo nombrado por el Ministerio y el producto obtenido se declaraba meticulosamente, tanto en el momento de producirlo como a lo largo de la distribución.

El precio por tonelada de remolacha lo marcaba Agricultura para cada campaña en el Boletín Oficial. Era único, cualquiera que fuera la variedad sembrada o el sistema productivo y únicamente se diferenciaba por una cierta distribución geográfica, apoyada en los conocimientos globales que se tenía de la riqueza y calidad del producto. Al poco tiempo de crearse AIMCRA se implantó el sistema de pago por riqueza individual vehículo a vehículo, en cuya trabajosa implantación ya jugó un papel positivo la presencia de este organismo de investigación.

La gestión de la producción por zonas

Las zonas funcionaban con clara independencia. Su constitución venía desde muy antiguo y se habían ido numerando a medida que se crearon. La primera, Aragón Navarra y Rioja, cubría todo el valle del Ebro aguas abajo de Logroño, con sede en Zaragoza, y se constituyó en el inicio del siglo XX coincidiendo, con la primera reorganización oficial de la industria azucarera. El valle del Ebro y Andalucía eran las comarcas que más regadío disponían en 1900 y en las que con más rapidez se desarrolló el cultivo. La segunda fue la zona remolachera de Andalucía Oriental con sede en Granada. La tercera, en la misma área, pero dedicada al azúcar de caña (no olvidemos que España es el único país europeo que disponía de este cultivo y que fue quien lo trasladó a América, con el consiguiente beneficio para el Caribe y zonas limítrofes). La cuarta fue la parte este del valle del Duero con sede en Valladolid. La

quinta la parte oeste de dicho valle con sede en León. La sexta Andalucía Occidental con sede en Sevilla. La séptima la parte alta del valle del Ebro no incluida en la zona primera, zonas altas de Rioja y Burgos más Álava. La octava, Madrid y zona centro. Y la novena, exclusivamente el centro de la provincia de Burgos, zona ésta de poca duración pues pronto se integró en la zona cuarta y ese número sirvió para denominar a Extremadura, hasta entonces zona décima y también por poco tiempo, pues de inmediato pasaría a integrarse en la zona sexta. Más tarde se agruparon en Norte, Centro y Sur, las dos primeras con cultivo de siembra primaveral y la última con cultivo de siembra otoñal.

Había muchas fábricas pequeñas que recogían remolacha producida generalmente de regadío en el norte y secano y regadío en el sur, en aquel momento con siembra invernal y no otoñal como actualmente. Precisamente AIMCRA jugó un papel importante en la implantación y desarrollo del cultivo otoñal en el secano del Guadalquivir. Su reducido tamaño era en parte debido a la dispersión de los regadíos del momento y a las dificultades de transporte, y en parte al origen de las fábricas, la mayoría de pequeñas empresas que poco a poco se habían ido ampliando, modernizando y, o, fusionando. Los nuevos regadíos y la concentración parcelaria favorecieron la expansión del cultivo.

Aunque la primera fabricación de azúcar de remolacha se inició en 1882 con la pequeña instalación del Conde de Torres Cabrera en La Colonia Agrícola Santa Isabel en Alcolea (Córdoba), de régimen interno, y otra de contratación abierta en Granada, ambas duraron poco tiempo. El verdadero desarrollo, un tanto desordenado, vino con la pérdida de suministro azucarero desde Cuba en 1898. Se crearon “ingenios” por casi toda la geografía nacional, desde Asturias y Galicia hasta Cádiz y desde Zamora y León hasta Lérida, todos de pequeño tamaño. Algunos se cerraron y se trasladaron sin llegar a trabajar. Se dio el caso de haber dos en la misma localidad. La Administración tuvo que promover una reestructuración, promoviendo un sistema de concentración que debía haber concluido en la empresa nacional azucarera única, que no llegó a buen fin, pero que fue el origen de SGA.

Para ayudar al desarrollo del cultivo se necesitaba AIMCRA. Se encontró con regadíos nuevos, suelos de nueva roturación; salinos; con vegetación adventicia, plagas y enfermedades que había que enseñar a controlar a nuevos regantes y en un cultivo en muchos casos nuevo.

Qué cambios se veían venir en 1966

La realidad operativa ha cambiado tanto, gracias al esfuerzo y colaboración de todos, que casi se nos ha olvidado cómo era el cultivo: En el año 1966 la mecanización era escasísima; empezaban a verse con cierta fluidez tractores a lo sumo de 40 o 50 CV, que prácticamente solo se empleaban en la preparación del suelo y en el transporte. No había ni sembradoras de precisión, ni buenos equipos de arranque y limpieza o de tratamientos fitosanitarios; el riego era prácticamente todo de pie, pues incluso en la zona sur de Castilla, en donde más se regaba con agua de pozo, apenas había riego por aspersión. No se había iniciado todo el proceso de desarrollo de la mecanización. Ni que decir tiene que de nuevo AIMCRA vuelve a ser un punto de referencia en todo este rápido desarrollo, no solo en las zonas nuevas, como se comentaba antes, sino en toda la geografía nacional.

Otro tanto se puede decir de la semilla de remolacha y todo su proceso de selección. En aquel momento el conjunto de fábricas españolas estaba en su mayoría agrupado en tres sociedades importantes de ámbito nacional, SGA, Ebro y CIA y Sociedad Industrial Castellana, con sede en Valladolid y con actividad únicamente en el Duero. El resto era un conjunto de fábricas independientes, una en Pamplona, varias en Granada y alguna en Almería trabajando tanto remolacha como caña azucarera.

La semilla se producía y distribuía únicamente por las azucareras, en su mayoría seleccionada por ellas mismas y en una pequeña parte por PRODES, sociedad independiente radicada en Valladolid, dedicada también a otras especies, pero que en remolacha representaba a la prestigiosa productora alemana KWS. Existía un acuerdo entre las sociedades de semillas y Aula Dei, en donde se empezaban a producir las primeras variedades poliploides españolas. La mayoría de las semillas que se utilizaban eran diploides. Había una aversión, en parte fundamentada, contra la semilla nacional, pues se consideraba la mejor para los intereses de la fábrica en perjuicio del agricultor. Se disponía de poco material genético de partida.

La investigación privada en remolacha se remonta a los albores de la industria en España en la Granja Escuela de Zaragoza por los ingenieros Ayuso y González, pero que solo se preocupó del cultivo en el valle del Ebro, incluido el trasplante. Poca más historia investigadora tenemos al respecto.

Se conocían las necesidades españolas y cómo se habían superado las cosas en Europa. Los técnicos españoles pertenecíamos al Instituto Internacional de Investigación de Remolacha Azucarera, con sede en Bruselas. Se tenía contacto con

las investigaciones realizadas a título privado por institutos nacionales como el INRA francés y los trabajos particulares de entidades semillistas y azucareras, en especial de Alemania, Bélgica, Holanda e Italia. Con los países del este, algunos tan azucareros como Polonia, Austria o Checoslovaquia, había menos facilidades de relación. Esos conocimientos fueron la base para el esquema operativo de AIMCRA, con una novedad española que no se ha repetido en otros países, y que por tanto honra y prestigia a nuestra institución, y es que se quiso desde el primer momento que fuera participada por todos los productores de remolacha.

Detalles de la puesta en marcha

Aunque la idea de la constitución de AIMCRA estaba en la mente de todos los responsables de las empresas azucareras, el esquema fundacional corrió a cargo de D. Ramón Esteruelas dada su relación con la Administración y con los centros de investigación, puesto que había que ajustarla a una legislación que obligaba a adscribirse a un centro oficial. Había varias posibilidades como El Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se eligió Aula Dei por las razones ya expuestas y porque tenía una relación directa con otros centros internacionales que trabajaban en remolacha, cosa que no se conocía de los otros dos centros oficiales.

Coincidiendo con su fundación y fechas inmediatas ocurrieron una serie de hechos significativos en el sector que AIMCRA empezó a vivir activa o pasivamente, y podemos asegurar y reconocer que su presencia jugó un papel importante en el desarrollo de los mismos.

Ese mismo año entró en funcionamiento ACOR. También ese mismo año empezaron a discutirse las normas para un nuevo reglamento de contratación y recepción de remolacha, adaptado a la nueva y comprometida situación del pago individual de la remolacha. Esto fueron palabras mayores, se trataba de un problema de mucha más importancia.

AIMCRA aportó de inmediato dos cosas: el criterio en el sistema de análisis, que aunque era conocido tanto por la industria como por los agricultores, fue importante que coincidiera con el que usaba nuestra sociedad de investigación, y sobre todo porque su criterio técnico era mejor aceptado por el agricultor. Este soporte de matiz tecnológico fue muy valioso.

Otro fenómeno importante que también apareció rápidamente en estos primeros años de AIMCRA fue el desarrollo de las variedades resistentes al espigado que se necesitaban en el sur, cuyo uso permitió adelantar las siembras del invierno al otoño, prolongando el período vegetativo, aprovechando totalmente las lluvias otoñales e invernales y así conseguir un cultivo mucho más productivo.

Algunos estudios que hubo que acometer con urgencia

En 1967 el Ministerio de Agricultura organizó la primera demostración de recolección de remolacha azucarera en Alfamén (Zaragoza).y se siguió con otras consecutivas. AIMCRA tomó la batuta primero desde Aula Dei con la imponderable colaboración del ingeniero D. Antonio Galán y después con D. Luis Márquez, profesor de la materia en la escuela de Ingenieros de Madrid. Se consiguió el objetivo, el cultivo español se mecanizó plenamente tanto en riego como en seco, tanto en siembra primaveral como otoñal.

Por aquellos años se renovaron los reglamentos de producción de semillas por parte del Instituto Nacional de Semillas. Este instituto no disponía de laboratorios específicos ni de organización de campo suficiente, por lo que optó por concertar con AIMCRA los estudios pertinentes, lo que supuso el reconocimiento por parte del Ministerio de Agricultura del prestigio de AIMCRA. Esos trabajos de control de variedades de nuevas, de acuerdo con los agricultores, se completaron con un año más de investigación y todos aceptamos una lista de variedades recomendadas.

Dos etapas muy diferenciadas en AIMCRA

La primera corresponde a su permanencia en Aula Dei y la segunda con organización independiente en Valladolid. La primera etapa sirvió para organizar todo el proceso de investigación, pero la rápida desaparición del cultivo en el Ebro y el creciente del Duero, hicieron aconsejable su traslado a esta sede. Hay que recordar aquí la valiosa colaboración de las administraciones regionales, en especial la de Castilla y León, que dio todo el apoyo necesario al traslado, concertando un convenio temporal para dar impulso en estos primeros pasos, e incluso durante varios años mejorando el precio de su remolacha con una prima adicional.

La segunda etapa ha sido la de resultados más espectaculares, en parte porque ya tenía recorridos los pasos iniciales con la primera, pero sobre todo por la coordinación interprofesional. Merece la pena poner de manifiesto algunos de los hechos más relevantes que se han conseguido sin que eso sea ignorar todo el resto del trabajo.

En la década de los noventa ya se había duplicado claramente la producción de azúcar por hectárea. Nos habíamos propuesto llegar al quilogramo de azúcar comercial por metro cuadrado y se superó rápidamente. Aquel Club de los Doce, que congregaba en otros países a los pocos remolacheros que presumían de producir más de 12.000 kg de media de azúcar blanco por hectárea, lo teníamos también en España.

Significativa ha sido la economía en el riego. La Administración había invertido en estaciones meteorológicas pero no se les había sacado utilidad suficiente. AIMCRA las aprovechó y organizó el sistema de recomendación de riego.

Conclusión: De aquel medio quilo de azúcar comercial conseguido por cada metro cúbico de agua empleado en el riego de pie en grandes parcelas, o del quilogramo en pequeñas parcelas en donde se empleaba mucha mano de obra en el riego, hemos pasado a conseguir, de forma generalizada, hasta dos y tres quilogramos; lo que ha supuesto multiplicar por cinco la eficiencia hídrica. A la mejora en los rendimientos se ha unido el ahorro de agua como consecuencia de la investigación en la materia y la inversión en sistemas de riego modernos. El valor ecológico y económico de este avance salta a la vista. Esta mejora tan espectacular no se conoce en ningún otro cultivo. Periódicamente AIMCRA ha venido recomendando las dosis de riego y asesorando en el equipamiento, en una palabra: ha enseñado a regar.

También ha sido significativa la mejora de la remolacha del Sur. Bien es verdad que dicho progreso no sería honesto atribuírselo todo a AIMCRA, pues los genetistas fueron los primeros artífices de las nuevas variedades, pero ya es suficiente mérito haber conseguido su buena aplicación. Al principio del pago por riqueza la remolacha de secano se penalizaba en su riqueza con 0,50°, que al poco tiempo se bajó a 0,35°, pero se consiguió mejorar el cultivo hasta hacer desaparecer dicha lacra a la vez que se mejoraba el rendimiento. Es decir que entre todos se consiguió mejorar la producción y a vez la calidad industrial de la remolacha.

La nueva política nacional en el sector: papel de AIMCRA

Al poco tiempo de la fundación de AIMCRA se incorporó ACOR y así se mantuvo mientras ella lo consideró oportuno. Curiosamente se separó poco después de nuestro traslado a Valladolid. Con algunos de los efectivos personales de AIMCRA montó un servicio agrícola, un tanto diferente al habitual, pues aunaron la labor investigadora y la atención personalizada a sus agricultores, cosa que en el resto de las fábricas esto último se hacía tradicionalmente con servicios propios, separando en todo momento la función investigadora de AIMCRA de la comercial de azucareras.

La buena relación interprofesional de la segunda etapa tuvo una influencia, indirecta pero muy positiva, en nuestros movimientos económicos y técnicos antes de entrar en la Comunidad Económica Europea en 1986. Se había desarrollado un sistema de diálogo y colaboración que se puso en marcha en el primer acuerdo interprofesional, primero en remolacha y primero también con mucha diferencia en el mundo agrícola.

Especial mención merece la aportación de tecnología que hizo AIMCRA para poner en marcha los llamados planes de desarrollo. Entrábamos en la CEE con unos precios de azúcar un 14 % superiores y con unos mayores gastos de producción en remolacha, en algunas zonas muy superiores, sobre todo con el gasto añadido del riego y ambos problemas había que reajustar en poco tiempo. No hay que negar que en aquel momento había honda preocupación. El problema, como todos sabemos, se resolvió haciendo grandes inversiones financiadas por la industria y aprovechando al máximo los conocimientos que habíamos ido adquiriendo con AIMCRA. Es justo reconocer que también el agricultor, colectiva e individualmente, se tomó el problema en serio seleccionando rápida y correctamente sus inversiones.

Consideraciones finales

A modo de resumen se puede decir con orgullo que AIMCRA cumplió con creces el objetivo ideal que se propusieron sus fundadores y que además contribuyó a crear un entendimiento profesional indispensable para la buena marcha de la producción azucarera.

Entre todos, administraciones incluidas, se consiguió colocar el cultivo al máximo nivel a pesar de las condiciones nada prometedoras del momento de partida y de las dificultades posteriores en comparación con los países europeos. Ni clima peculiar, ni

suelos complicados, ni exigencias de riegos, ni deficiencias estructurales fueron factores excluyentes.

Está claro que AIMCRA ha sido una referencia nacional e internacional en investigación remolachera. y de forma muy especial en riego y cultivo otoñal. Fue la única organización nacional dedicada a esta investigación, en el momento de su creación y que se sepa en la actualidad, y además se ha llevado a cabo exclusivamente por la interprofesión con los resultados espectaculares ya comentados. ¡Cuántos cultivos querrían tener su “aimcra”!. Es cierto que no todos los sectores cuentan con la facilidad del nuestro: una industria concentrada; exclusivamente dedicada a un producto; una materia prima, la remolacha, que prácticamente solo sirve para hacer azúcar; un azúcar que había que sacarlo de la remolacha, pues la caña era insuficiente y cada vez con menos importancia; y una interprofesión que nació fiel reflejo de la europea. Estas ventajas no desmerecen el mérito de lo conseguido, tanto que debemos procurar por todos los medios que no se pierda. Precisamente en los tiempos difíciles es cuando más se necesita la investigación, y más si está acreditada en circunstancias difíciles de períodos anteriores.

La situación actual, con un cultivo libre, precios globalizados, con cupo reducido y anulado en los años recientes por condicionantes de política económica internacional, puede llevarnos al desaliento, pero en modo alguno a la dimisión. Contamos con una capacidad operativa y un prestigio que sería pecado profesional liquidarlo. Nuestros antepasados nos lo exigirían. Desde mi perspectiva, hoy ajena, pero reforzada por mi conocimiento del campo español desde mi nueva atalaya de la Fundación Foro Agrario, puedo decir seguro de no equivocarme, que todos los cultivos necesitan crear su “aimcra” si quieren vivir su futuro con confianza. Mantengamos la que ya funciona.

Si a nuestra organización le sobran efectivos o le falta financiación; si al azúcar le basta con un equipo técnico de la categoría del nuestro, pero a tiempo parcial; si las organizaciones agrarias, que han venido participando y conocen el bien hacer del mismo, necesitan de este tipo de organización en otros cultivos; ¿por qué no extender su actividad, al menos a los más necesitados, antes de desaprovechar este capital tecnológico? No puedo menos que rogar a las partes un provechoso entendimiento. Qué útil sería que en estos momentos de la nueva PAC, con cultivos, no nuevos pero mal conocidos, como legumionosas, proteaginosas, biocarburantes, etc., contar con un organismo propio que nos los desarrolle y que nos aporte además un control

técnico y económico propio, del que hoy se adolecen. AIMCRA puede y debe sobrevivir a pleno rendimiento en beneficio, no solo de la remolacha, sino de otros cultivos necesitados.

El modelo es fácilmente extrapolable a otros cultivos extensivos y AIMCRA lo puede realizar sin menoscabo del propio. Muchos de estos cultivos cuentan con características similares al nuestro en el punto de partida, con una industria concentrada y específica, que además en la mayoría de los casos se relaciona con los propios remolacheros. Para los matices específicos del cultivo en norte, centro y sur AIMCRA tiene experiencia organizativa. Estoy seguro de que la Administración apoyará cualquier intento serio en este sentido, en especial las Autonómicas. Si en su día Castilla y León apoyó la iniciativa y ha conseguido ser la sede de la referencia nacional remolachera, con toda seguridad le gustaría serlo en otros casos. Lo mismo cabe pensar de otras comunidades, por ejemplo Andalucía para un cultivo tan localizado como el algodón, diferente sí, pero que se siembra, cultiva y recoge en alternativa con su remolacha. Todo es cuestión de organizarlo sin controversias, tal como se ha hecho con la remolacha, pero con el compromiso de no perjudicarla. Es posible, conveniente y hasta necesario.

Para acabar quiero reiterar mi más entrañable agradecimiento, como lo harían todos y cada uno de los fundadores, a quienes con vuestro trabajo, dedicación y profesionalidad habéis hecho posible que AIMCRA haya crecido y haya llegado a tan alto prestigio profesional. Sus éxitos son de todos, pero muy especialmente de los que día a día han hecho el trabajo. Mil gracias a los presentes, un recuerdo respetuoso para los ausentes y un ruego para todos los presentes y futuros: Vamos a hacer lo necesario para que AIMCRA, ni vege en sus laureles, ni mucho menos que desaparezca, que siga viva y creciendo. Es demasiado valiosa y necesaria, sería un desastre imperdonable desaprovecharla. Tenemos la obligación de mantenerla en remolacha y transmitir su valioso sistema operativo, en beneficio de nuestros agricultores, a otros cultivos necesitados de ese tipo de organización interprofesional.

Madrid, abril de 2016

Miguel Salvo Salanova, Dr. ingeniero agrónomo